



CORRESPONDENCIA

*que tuvo el autor desde el castillo de Bellver con el padre fray Manuel Bayeu,
conventual de Mallorca, sobre pintura*

Mi estimado padre fray Manuel: ¡Gracias á Dios que se ha entrado felizmente en este nuevo año, que va á correr sobre nuestras vidas, y él quiera hacernos dignos de nuestros santos deberes, conservándonos en salud y en su santa gracia!

Mucho celebraremos que la infusión de quina pruebe á usted tan bien como dice este señor que le ha probado, y como espera sucederá, aunque ciertamente su mal de estómago no tiene otra causa que la demasiada aplicación al trabajo atropellado y continuo de manos y cabeza.

Don Pedro habrá dicho ya á usted cuánto ha gustado el boceto á mi amo, que lo halló muy superior á los dos de las bóvedas, por su mayor frescura en las tintas, limpieza en la escena, exactitud de dibujo, gracia de colorido, y fuerza de claro-oscuro, sobre una composición bastante bien entendida; pues todo esto se advierte en general.

Aun hablando *en detalle* admiró su excelencia sobremanera algunas figuras, soberbiamente dibujadas y expresadas, por ejemplo la de san Pedro, y aun la de san Juan; bien que la

actitud de éste le parece poco decorosa. También es buena la figura de la Virgen; pero dice que la postura de brazos caídos y manos cruzadas no da bien la expresión que conviene al asunto, y que debe ser distinta de las demás; esto es, de una plenitud de gozo al ver á su divino Hijo subir triunfante al cielo, estando segura de seguirle luégo allá.

Pero ha reparado sobre todo en las figuras del Salvador y los ángeles. Quisiera que aquella representase un cuerpo glorioso, y fuese más viva de luz que de carne; que estuviese más elevada; que la irradiación saliese de todo el cuerpo, y no sólo de la cabeza; que ésta estuviese más en reposo, y sin más movimiento que el necesario para animarla un poco, pues que Jesucristo subía por su propia virtud, y por consiguiente no había menester de esfuerzo alguno.

En los ángeles advirtió que deben estar vestidos de blanco, é indicar en su actitud y movimiento que bajan á hablar con los discípulos. Para que todo esto se percibiese mejor, querría su excelencia que se rebajase un poco la cima del monte, ó se pusiese descubriendo mayor porción de cielo. Y en fin, que las huellas de las plantas del Salvador no fuesen sino como de luz.

Su excelencia ha copiado lo que dice relación al texto sagrado de este santo misterio para enviarlo á usted, á fin de que lo tenga presente, y arregle á él todos sus pensamientos. Y como se complace en estas cosas, ha formado la idea de una nueva composición sobre el mismo asunto, para que cuando usted tenga que pintarle otra vez (pues que la del boceto ya no se debe mudar, sino sólo mejorar), tome de ella lo que le acomodare. Uno y otro va adjunto; y mande á su afecto seguro servidor que besa su mano.—*Marina* (1).

Idea de la nueva composición, que se cita en la carta anterior.

Nada dicen del misterio de la Ascensión del Señor san Mateo ni san Juan. San Marcos dice: «Y fué llevado al cielo, y

(1) Como dijimos ya en una nota del tomo 1.º, de este apellido se valió alguna vez Jovellanos para firmar las cartas escritas durante su prisión en el castillo de Bellver.

se asienta á la diestra de Dios.» Y san Lucas: «se separó de ellos (los que le seguían), y era llevado al cielo.» Pero en los Hechos apostólicos consta más particularmente el caso, y además se expresa el lugar de la escena. He aquí su texto:

«Y habiendo dicho estas cosas (el Salvador), se elevó á su vista (de los que le seguían), y una nube le recibió, y le alejó de sus ojos.

»Y como estuviesen mirándole, he aquí que dos varones se presentaron junto á ellos con blancas vestiduras, y les dijeron: Galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que fué llevado al cielo de entre vosotros, volverá en la misma manera en que le visteis ir al cielo.

»Entonces volvieron á Jerusalén desde el monte Olivete.»

El pintor encargado de tal asunto, no puede dejar de arreglar su invención al texto sagrado, y nada puede añadir en su invención que desdiga de su letra, ni en exactitud ni en decoro.

Además, como la pintura en los hechos sucesivos no puede representar más que un momento, el pintor debe elegir aquel en que la escena se halle más conforme á su gusto y sus ideas.

Por tanto, si yo hubiese de pintar un cuadro de este asunto, escogería el momento de la aparición de los ángeles, y que empezasen á hablar á los discípulos del Salvador, y antes de haber acabado éstos su embajada.

De consiguiente representaría la figura del Salvador cuando la nube la había separado ya de la vista de sus discípulos, la colocaría en la mayor altura posible del cielo descubierto, y haría que al espectador del cuadro le alumbrase como una luz brillante, pero con forma humana, al través de la nube, que por lo mismo debía ser transparente é iluminada, y penetrada por los gloriosos rayos que partieren de la misma figura.

Con esto me quedaría libre toda la escena inferior para una composición muy expresiva del momento ya indicado.

En él pondría en primer término sólo cuatro figuras, á saber: los ángeles vestidos de blanco, dirigiendo su palabra á los discípulos; la Virgen (que no habría menester oír lo que ya sabía) á otra parte, mirando al cielo en un éxtasis de gozo, como que veía á su Hijo ir á sentarse á la diestra de su Eter-

no Padre en la plenitud de su gloria, y como que estaba cierta de acompañarle muy presto en ella; san Juan al lado de la Virgen, mirando á la misma nube, pero con una expresión, que en medio del gozo que le inspiraba su amor y su fe, indicase algo de la tristeza que le ocupaba la ausencia de su Amado. Las santas mujeres deberían ponerse á esta parte.

Después dividiría en grupos y en diferentes términos lo restante de la muchedumbre, de la manera más conveniente para el contraste. De los principales discípulos, unos expresarían en su actitud la más desconsolada tristeza por haber perdido de vista á su divino Maestro, como que todavía no oyeran las promesas de los ángeles; otros seguirían aún con sus ojos la nube que le envolvía; pero, si fuese posible, indicando ya que la viva voz de los ángeles empezaba á atraer su atención, y los más convertidos del todo á oír esta voz; unos con gran sorpresa, otros sólo con gran curiosidad.

Con esto tendría un anchísimo campo para variar las situaciones, las actitudes y la expresión de todas las figuras; porque la admiración, la sorpresa, la curiosidad, la tristeza, el desconsuelo, y aun el gozo graduado hasta el éxtasis, concurrirían á hacer un cuadro lleno de expresión y de alma, y como se suele decir, un cuadro parlante.

Para lograr mejor esta idea, colocaría la parte más elevada del monte á la derecha de la escena; pero sin levantarla demasiado, y graduándola hasta el último término para darle más fondo, y que me dejase mucho cielo abierto. Á esto haría contribuir no sólo la situación de las figuras, sino también la de los olivos y arbustos del monte para marcar el ambiente.

Tampoco pondría la nube del Salvador en medio, ni sobre la altura del monte, sino á un lado de ella, y donde hubiese mayor espacio de cielo. Pintaría el Este muy limpio y claro para hacer brillar más el resplandor de la nube, sin dejar de poner algunos arreboles que contribuyesen á hermosearle, ni de bañar el horizonte de una suave y hermosa luz, para aislar las figuras que le cortasen.

Esta es la idea que me ha ocurrido sobre este asunto.

Mi estimado padre fray Manuel: He recibido la favorecida de usted del 6, con los siete bocetos que la acompañaban, los cuales he presentado á su excelencia, que no sólo ha tenido la mayor complacencia en verlos, sino que colocándolos todos en su cuarto, los ha observado y disfrutado á todas horas desde aquel día. No vuelven con ésta, porque dice que los quiere disfrutar más despacio, y que aún se atrevería á pretenderlos, si usted no me dijese que se los tenían pedidos. Con todo, como no es lo mismo pedir que ofrecer, quiere su excelencia que yo diga á usted, que si no tuviese ya empeñada su palabra, tenga la bondad de ponerle en la lista de los pretendientes para los dos bocetos del número primero y segundo; esto es, para *el castillo de Emaus* y *la Resurrección*, pues tendría gran gusto en conservarlos; y aun añade que si en su lugar quisiera usted contentar á alguno de los otros pedidos con la Concepción que está acá, y que por el asunto acaso merecería preferencia, se la enviará con los otros cinco. Pero en todo caso quiere este señor que usted sepa que no tiene otra mira que la de poseer alguna cosa que acredite el mérito de las obras de usted, cual serían estos bocetos; aunque bien reconoce que usted es capaz todavía de hacer mucho más, si no fuese tan á carreras, como suele decirse, y no diese muchas veces su habilidad á perros.

También quiere que diga á usted que el juicio que ha formado de ella por estas obras es superior á la idea que antes tenía, y que muchas veces á vista de los bocetos exclama: Si corriendo hace esto, ¡qué no haría con un poco de meditación y de calma! Por lo mismo, aunque no desapruéba que cuando se trata de satisfacer impertinencias ó caprichos, pinte usted á carrera, le aconseja, le exhorta, y le ruega muy encarecidamente, que al empeñarse en obras grandes por su dignidad y su objeto, ponga todo el tiempo y todo el cuidado que ellas requieran, y nunca le duela en detenerse en cosas que los inteligentes han de ver, examinar y juzgar por espacio de muchos siglos. Bien conoce este señor que es impertinente y cansado en la repetición de sus consejos, pero confía que usted los mirará como una prueba de la fina amistad que le profesa y del aprecio que hace de su talento.

Por último, remito la adjunta nota en que se indica el juicio particular que ha hecho su excelencia de cada boceto; pues aunque no presume de muy inteligente, conoce que las observaciones de los aficionados suelen tal vez ser de algún provecho aun á los más granados profesores.

Por mi parte nada tengo que añadir, sino que el ángel sentado en el sepulcro me tiene enamorado; y que todos los de esta, haciendo mucha memoria de usted, y mucho aprecio de sus expresiones, se las retornan afectuosamente, extendiéndolas su excelencia y yo á los demás amigos de esa, quedando de usted como siempre afectísimos y reconocidos amigos suyos de corazón, de que doy fe.—*Marina*.

Nota. En tres de los bocetos se pintan libros encuadernados; pero en aquel tiempo los libros se escribían en pergamino, y estos se envolvían en rollos, de donde vino el nombre de volúmenes. El uso de encuadernar es muy posterior al principio de nuestra era. Se advierte, porque los críticos se paran mucho en estos anacronismos, por más que hayan incurrido en ellos los más célebres pintores, sin exceptuar á Rafael.

Nota que se cita en la carta anterior

Núm. 1.º *Castillo de Emaus.* Bien compuesto, bien dibujado; pero para de noche, y sin más luz que la de un candil, está demasiado iluminado, y la luz no es tan roja ni confusa como la artificial. Otros ponen la acción de día (*la fracción del pan*), y San Lucas no dice que fué de noche, sino al anocheecer; y así, si se quiere apagar el candil y abrir una claraboya en lo alto del muro, nada más habrá que alterar. El colorido de este cuadro es el mejor de todos. El apóstol que está en pié, parece en proporción muy abreviado de medio cuerpo abajo.

Núm. 2.º *La Resurrección.* Es muy buen cuadro, bien compuesto y bien colorido. Bellísimo sobre todo el ángel, salvo el pecho, que parece algo mujeril. La Magdalena no es tan agraciada ni bella como nos la figuramos. Esta figura admite todas las gracias de la hermosura profana, realzadas por

el arrepentimiento. Cuidado con el ocre en carnes tan delicadas, que da alguna palidez al cuadro.

Núm. 3.º *La Presentación.* Por Dios que no se pinte á Santa Ana como una Marinuño. Era vieja, sin duda, pero no tan vieja, sino tal, que admitía todas las gracias marchitas de la vejez. Todavía anda por aquí el ocre, y los colores no alegran tanto como él entristece.

Núm. 5.º *Desposorios.* Es muy lindo cuadro, salvo la actitud de la Virgen, que es poco decorosa, y el tono general, que es más triste de lo que pide una boda, y una boda del cielo, que supone una inundación de gloria y luz celestial.

Núm. 6.º *El Tránsito.* Algo hay que notar, así en la composición como en el colorido de este cuadro, que está superiormente dibujado. La variedad, el contraste y la enérgica expresión de los semblantes, son dignos de aparecer sin cosa que los afee. El tono general es triste, cuando no lo es el asunto; porque si la muerte de los santos es alegre y preciosa, ¿cuánto no lo sería la de la Reina de los santos? Y si en la muerte de otros no sería extraño representar alguna luz de gloria, ¿cuánto más convendría en el tránsito de aquella Reina del cielo, que tenía preparado en él un trono inmarcesible? Además el lecho está colocado en demasiada altura; el blanco de las ropas debiera ser cándido y puro, como quien las vestía, y aun el pequeño movimiento del cuerpo destruye un poco la idea de paz y reposo que debía reinar en un espíritu para quien estaban abiertos los cielos. Por último, este pensamiento, si no está ejecutado, es menester arrimarle y componerle de nuevo. Si se hiciere así, no se olvide que el discípulo amado, á quien se honró con el nombre de hijo de María, debe hacer gran papel en esta escena.

Mi muy estimado padre fray Manuel: Hemos recibido con el mayor gusto la favorecida de usted de 15 del pasado; pues aunque sabíamos ya por la encíclica, que anduvo circulando por los muchos amigos de aquí, las tristes aventuras y demás sucesos de su navegación, teníamos gran deseo de leer su fe-

liz llegada á esa santa casa y al seno de sus religiosos hermanos, la cual hemos celebrado con todo el corazón. Sabíamos también que había usted recibido cuarenta duros del señor Figuerola para su relicario, y tenemos la mayor satisfacción en que esta pieza hubiese salido á su gusto, como creemos bien, pues que se ha hecho por su propio dibujo.

Hemos visto con admiración que usted no sabe descansar, ó por lo menos que su afición á la pintura no le deja conocer el cansancio que causa cuando se pinta de prisa y á destajo. Y como nos hemos arrogado el derecho de aconsejar á usted cuando estaba cerca, ahora que está lejos, y que no puede zurrarnos con la paleta, nos tomaremos la libertad de reñirle siempre y cuando sepamos que no se va á la mano en el trabajo. No queremos decir con esto que usted no pinte, porque esto sería una pérdida para el arte y un martirio para usted; y porque si el buen soldado debe morir con la espada en la mano, el buen pintor debe acabar con el pincel entre los dedos. Pero deseamos que usted pinte poco, nunca con premura, y siempre cosas de gusto y pensadas muy despacio, ya que ejecutadas muy de prisa, porque vemos que en esto es inútil la predicación. No olvide usted que los pasos de la vejez son más precipitados que los de la juventud; y que si en esta el trabajo y la acción fortalecen, al paso que agradan, en aquella pueden entretener, pero siempre cansan y debilitan. Nosotros deseamos mucho que usted pinte, y haga cosas buenas; pero deseamos más que se conserve y viva para nuestro consuelo: que si usted se propone no olvidar este castillo, también puede contar que nosotros no olvidaremos á usted, ni por usted el santo lugar que habita.

Damos muchas memorias al amigo don Pedro, y aunque suponemos que estando cerca de su casa no se acomodará bien á vivir en reclusión, deseamos que no olvide los buenos consejos de usted, ni se abandone á trabajar sin guía.

Acaban de darnos la mala noticia de que falleció ayer tarde el señor Regente; pérdida sensible por la falta de tan buen magistrado, y por el desamparo en que quedan su señora viuda é hijo. Al fin vendrá otro á disfrutar los trabajos hechos por usted en aquella casa. Nada más ocurre por ahora, que repetir á usted el buen afecto de cuantos viven entre estos torreones; aunque no respondemos del de este gobernador,

porque padece uno de sus accesos de locura, y se ha divorciado de nosotros más há de un mes. El amo sobre todo se acuerda de usted con mucha frecuencia, y me manda saludarle con la mayor ternura; y en cuanto á mí, sabe usted que soy y seré siempre su más afecto apasionado y amigo que su mano besa.—*Marina.*

P. D. Como nada nos dice usted del señor Goya, dudamos que haya hecho el viaje proyectado de Zaragoza; mas si se verificare, no deje usted de abrazarle á nombre de este señor, que le profesa siempre la más tierna amistad.

Mi estimado padre fray Manuel: La última carta de usted dió ocasión á algunas reflexiones, que no se omitirán por quien le estima tan de veras, y tiene tan ardiente deseo de sus lucimientos, como alta opinión de su habilidad.

1.^a Prescindiendo de que está ya averiguado en la física que la luz no es fuego, ni tampoco materia solar, y de que el color blanco no es otra cosa que la reflexión de todos los rayos de la luz, es indubitable que la luz de la gloria debe ser la más pura y diáfana, y por consiguiente la más libre de toda mezcla de color, y la que más se acerca al blanco.

2.^a Que por esto han observado la máxima de imitarla así los buenos pintores, y entre ellos el insigne Mengs, y el más sobresaliente de sus discípulos don Francisco Bayeu.

3.^a Que aunque la necesidad de contraste obliga casi siempre á mezclar algún otro color al blanco, parece que sería mejor combinarlo con el rojo que con el amarillo, porque este no es el color verdadero sino aparente del sol, y aquel se acerca más al color del fuego, y se aleja menos del de la luz reflejada.

4.^a Porque no debiendo haber en el arte lo que no pueda haber en la naturaleza, los volantes y colgantes de los paños, hechos al capricho, son defectuosos, y siéndolo, no se pueden autorizar con el ejemplo de otros pintores, y menos los movimientos y ondulaciones del dibujo en las figuras, cuya simplicidad es siempre preferible, no tanto porque la busca-

ron los griegos, cuanto por ser más conforme con la razón del arte, y con la naturaleza, que es su tipo.

5.^a Que esta máxima, digna de observarse en toda figura, lo debe ser más en las sagradas, y más todavía en las de la Virgen y su Hijo santísimo, que deben representar, en cuanto pueda el arte, algo de la divinidad, que es la simplicidad por esencia.

¡Feliz don Manuel Marina, que va á entretenerse hablando de tan gustosa materia con el padre Bayeu, y viéndole poner en ejecución estas máximas! Así se desea para mayor complemento de su bien adquirida reputación.

Mi muy estimado padre fray Manuel: Hemos recibido la favorecida de usted de 19 del pasado, y celebramos mucho que se halle bueno y descansado de sus andanzas, y aunque estuvimos tentados á sentir que le volviesen á meter en el empeño de pintar cuadros, en que necesariamente debe andar de prisa, así por el gran número de los que le piden, como por su enorme tamaño, viendo que usted no puede esconder el gusto con que toma estos encargos, nos resignamos también en su voluntad, y reprimimos el deseo que teníamos de que descansase y diese de mano á todo lo que no fuese pintar poco y despacio, y sólo cuando viniese la gana de entretenerse con los pinceles, de corresponder por este medio con los amigos del arte, y dejar alguna cosa bien pensada y ejecutada despacio para la posteridad.

Por lo demás, estamos muy contentos de que usted haya vencido y despreciado la tentación de ir á pintar á Madrid, donde seguramente hubiera tenido más sinsabores que buenos ratos, porque en aquel teatro, sobre estar lleno de gentes melindrosas y malcontentadizas, hay muchos fisgones y envidiosos; y al cabo, como suele decirse, todo vendría á dar sobre el culo del fraile.

Lo que sí celebramos muy particularmente es que el hermano Goya se conserve tan bueno como usted nos dice, y estimamos muy de corazón su buena memoria, así como la

de esos reverendos hermanos, que tanto nos honran sin conocernos; y por lo mismo á unos y á otros podrá usted retornar la expresión de nuestro reconocimiento y buen afecto.

Por acá gozamos de buena salud, y nos entretenemos también con los pinceles, porque al fin se va á acabar el cuarto de la chimenea, en que el señor capitán suizo don Luís Kenel ha pintado un país bucólico, y yo otros dos á su lado; y además una sobrepuerta con la vista de este bosque y sus torreones, y una graciosa guarnición inventada por su excelencia. Así se va pasando el tiempo malo, mientras venga otro mejor. El señor gobernador, don Domingo y demás de casa hacen á usted una muy fina expresión, y sobre todo el amo, que le encarga mucho que cuide su estómago, que tenga gran dieta de comida y trabajo, y que cuando le sintiere débil, acuda con la infusión de quina. Y en cuanto á mí, ya sabe usted lo mucho que le quiero, y que saludando á don Pedro, soy siempre suyo de corazón, afecto servidor que besa su mano.

¡Válgame Dios, mi padre fray Manuel, y qué de buenos ratos nos ha dado usted con sus diez piezas de *Via Crucis*! Este señor ha quedado admirado hasta la sorpresa, viendo de cuánto es usted capaz trabajando á galope; pues aunque la prisa se echa de ver en tal cual de estos cuadros, hay en ellos, en medio de algunas incorrecciones, admirables cosas, así de composición y dibujo, como de claro-oscuro y colorido. Pero con todo eso, vuelve á su manía, y viendo cuánto los dos borroncitos que tiene acá exceden á estos cuadros, aun confesando usted que aquellos pudieran estar más acabados, se duele muy de corazón de que usted no éntre en su máxima de trabajar más despacio, y se enfada y enoja contra tanto impertinente como le obliga á andar á carreras.

Y volviendo á los cuadros de la Pasión, su excelencia ha admirado muchísimo la composición de la mayor parte de ellos, particularmente del segundo, que es sencillísima y agraciada, y también la de algún otro. El dibujo en general es bastante correcto, particularmente en las figuras del Salvador, aunque sus semblantes no tienen siempre la dignidad ni la expresión que tan alto sujeto y asunto requerían. El colorido es bellissimo, salvo en algunos semblantes del Salvador, en que es algo rejalvido, y en los sayones, y en el buen Ciri-

neo, en que tira demasiado á color de cobre, que no es moreno, sino aindianado. El dibujo peca algo en algunas figuras por su proporción, por ejemplo la Verónica, que á ponerse en pié descollaría sobre todas las figuras *ab humero, et sursum*; y esto además de estar vestida muy de gala y lozamente para tal objeto. Y en esto de vestido también extrañó ver á Pilatos con turbante, y en vez de la toga, con una capa que pudiera pasar por alquicel morisco.

En cuanto á claro-oscuro, es admirable en casi todos los cuadros, y les da mucho ambiente, si se exceptúa el de la Verónica, cuyo cielo es demasiado oscuro, y otros tres cielos, que por recolorados se vienen encima de las figuras. Los demás cielos son muy bellos y diáfanos, y aun parecerían mejor si las figuras de los términos intermedios no estuviesen tan ceñidas de su mismo color, y sobre un mismo tono. Por último, la figura del Salvador desnudo, en el cuadro que no está numerado, no le gustó á su excelencia, porque sobre no ser muy exacta en el dibujo, le parece que sus carnes están demasiado desgarradas; y aunque este sea un defecto común en semejantes cuadros, su excelencia está persuadido á que persona divina, bien que sufriese cuanto no podemos imaginar, de dolor y de escarnio, nada pudo perder de su original integridad. Por esto el sabio Mengs, en el sublime cuadro del *Descendimiento*, lejos de adoptar este abuso, expresó con la mayor delicadeza las llagas, las heridas y los livores del Salvador, de una manera que encanta, al mismo tiempo que conmueve.

Este señor ha querido apuntar todos estos reparos, que, aunque menudos, no desmerecerán la atención de usted; y pues que es capaz de evitarlos siempre que quiera, dice que no quiere perdonarlos. De usted siempre afecto.—*M. M. Marina.*

Mi muy estimado padre fray Manuel: por esta vez la tardanza en la contestación á la favorecida de usted no es como otras por culpa mía, sino procedida en parte del atraso con

que recibí aquella carta, y en parte, porque no quise responder á usted hasta saber el juicio que este señor formaba de la pintura que la acompañó. Estando, pues, satisfecha mi curiosidad, y pudiendo ya satisfacer la que probablemente tendrá usted en este punto, voy á desempeñar aquella obligación.

Ante todas cosas quiere este señor que yo dé á usted las más finas y expresivas gracias por su atenta y apreciable memoria, que ha recibido con la mayor estimación y reconocimiento, y así me manda que se lo diga de su parte; pudiendo yo añadir de la mía, que siendo su principal deseo tener en su curiosa colección de cuadros alguna cosa de mano de usted, se halla en esta parte enteramente satisfecho. Aunque confidencialmente, diré también á usted, que ya sea porque entre sus pinturas, además de ocho ó diez Vírgenes de varios misterios y diferentes autores, tiene dos Concepciones originales, una de Zurbarán y otra de Goya, ó ya por la afición que tiene á cosas antiguas y extrañas, y particularmente á las de esa comunidad, me parece que hubiera querido más cualquiera rasguño del *cuadro de la fundación*, que tanto le gusta, ó bien alguna *vista de ese monasterio y sus cercanías*, tomada desde el risco de su huerta de la viña, que media ó una docena de Concepciones. Pero esto pase por una bachillería mía, y quédese entre los dos.

En cuanto á la pintura, puedo decir á usted que le gustó desde luego que la vió, aunque yo conocí en el mismo punto que alguna cosa le había chocado. Esto fué lo que excitó mi curiosidad para saber su juicio; y por lo mismo le hablé varias veces del cuadro, volviéndole á desenrollar y observar, y aunque tardó en explicarse, al fin lo hizo, como sin advertirlo, y lo que yo pude inferir de todo es lo que sigue. Primeramente, le gustó mucho el dibujo, pues nunca vimos el cuadro sin que hubiese repetido que estaba muy bien dibujado. También le gustó el todo de la composición y sus accesorios, aunque dió á entender que la postura de la Virgen no era tan sencilla ni tan noble como pedía el alto misterio que representa. Y aunque yo le dije que regularmente se pintaban así las Concepciones, me respondió que esa razón no era de pintor, porque el buen artista debe seguir la razón y no la costumbre. Fray Manuel, me dijo, se ha separado algo de ella, sin atreverse á abandonarla del todo; pero si hubiera visto

mis dos Concepciones, y sobre todo la de Mengs, que está en la casa de los Gremios de Madrid, hubiera conocido mi razón. Observó también que la actitud y movimiento que se suele dar á estas figuras era tan forzado, como contrario á la razón el sistema de pliegues que se daba á sus ropas, haciéndome notar que los paños del manto azul estaban en el aire, y sus pliegues dibujados sin ninguna razón física que determine su dirección ni su caída. Y algo de esto notó también en un pico de la toca que asoma por la espalda. Por último, le gustó también mucho el colorido, menos en una parte, en que manifestó más abiertamente su dictamen, porque luégo exclamó: ¡Jesús, qué profusión de ocre! qué lástima, me dijo, que los buenos pintores no le destierren, si es posible, de una vez, así como los cocineros van desterrando el azafrán! ¿No ves, decía, cómo las luces resultan réstadas, las carnes pálidas, los lienzos blancos y amarillentos, el azulverdoso, y todo cubierto de un tinte livido, que desgracia la hermosura del colorido? Si la luz del cielo es diáfana y pura; si las carnes perfectas son de un blanco, ya sonrosado, ya ligeramente azulado; si los colores primitivos tienen un tono graduado por un mismo diapason, desde el punto más alto y claro de la luz, hasta el más bajo y oscuro de la sombra; en fin, si los cambiantes que admite la pintura son dirigidos á herosear, templar y entonar el colorido, y no á entristecerle y agriarle, ¿cuánto no dañará este maldito ocre, que cuanto más viejo es más regañón, y pone los cuadros tan amarillos como las pitanzas de la Cartuja? No se olvidaba de la observación que usted me hizo aquí viendo los bocetos de la cúpula, á saber, que en el fresco se rechupaba mucho el color amarillo; pero dice que el olio, lejos de rechupar el ocre, le escupe más y más con el tiempo, y hace la vejez de los cuadros pálida y cadavérica, como la muerte.

Vea usted aquí, mi querido fray Manuel, lo que yo pude inferir del juicio de este señor, y lo que me decía dándome sus instrucciones sobre el colorido y dibujo; pues aunque no sabe tomar el lápiz, se precia de tener algún gusto en la teórica del arte. Yo se lo digo á usted en confianza para que quede entre los dos, pues no es para otra cosa.

Mucho celebro que el señor Cardenal haya gustado tanto de las pinturas de la iglesia como acá esperábamos, y de lo que

ya teníamos alguna noticia por uno de los que concurren á casa de su eminencia, pues que le oyeron ponderar la inteligencia y manejo que usted tiene para el fresco: lo que este señor oyó con gusto, porque se interesa mucho, mucho en la buena reputación de usted. En prueba de ello le remito la adjunta nota, que me mandó formar para que se la envíe de su parte, suplicándole que sacudiendo su pereza, se sirva dedicar un rato para responder á las preguntas que contiene. Dice que cuando usted lo haya hecho, me hará extender una relación para remitir al cronista de los artistas españoles, que fué grande amigo del señor don Francisco, y lo es de Goya y su señora, y desea tener esta relación, en la que se hará de usted el elogio que es debido á su buen talento.

Por acá nada ocurre de particular. Deseamos mucho que se acerque el tiempo de vernos, y entretanto, recibiendo usted finas memorias y muy expresivas gracias de este señor, así como del señor gobernador y sus compañeros, me repito á su disposición fino amigo y etc.